

XXII DOMINGO ORDINARIO "C"

31 DE AGOSTO / 1 DE SEPTIEMBRE DE 2019

Benjamin Whichcote, un filósofo y teólogo inglés del siglo diecinueve, conocido por sus citas concisas, dijo una vez: "Ninguna persona está tan vacía como aquellas que están llenas de sí mismas".

Las personas orgullosas siempre le cuentan a ustedes sobre ellos mismos, sus logros, cuán elegidos, inteligentes, maravillosos y geniales son. Luego lo miran a usted y a los demás para continuar la conversación sobre **ellos mismos** y reafirmar **su** magnificencia.

La historia en el Evangelio de hoy de la presencia de Jesús en una cena sabática en la casa de un prominente fariseo, y Su observación de los invitados compitiendo por los lugares más importantes en la mesa, proporciona el escenario para que Jesús nos instruya sobre el estilo de vida que debemos seguir aquí, cuando todos iremos a compartir la Eucaristía en la mesa comunitaria. Acompañado con el Evangelio también es la primera lectura del libro del Eclesiástico (Sirácide), estas Escrituras de hoy nos presentan la virtud y práctica de la humildad.

Entonces, ¿qué es la humildad y qué hace que las personas humildes sean diferentes? **La humildad es la ausencia de uno mismo en todo lo que pensamos, hacemos o decimos.** Ustedes sabrán cuando se encuentran con la humildad porque tendrán una irresistible atracción y asombro por su presencia. Las personas humildes están interesadas en todos los demás. En las conversaciones, y quieren saber de ustedes. Ellos no están buscando maneras que puedan usarlos a ustedes para servir sus agendas personales o fines egoístas. En cambio, las personas humildes buscan formas en que puedan servirles y elevarlos a ustedes. La **humildad** es lo opuesto al orgullo y la arrogancia. El orgullo se preocupa con quién tiene la razón. La humildad se preocupa con lo que es correcto. El orgullo busca dividir a las personas. La humildad une a las personas. El orgullo mira hacia abajo a todos los demás. La humildad mira hacia arriba.

Dos ejemplos me recuerdan de la humildad que Jesús y del libro de Eclesiástico (Sirácide) hablan; uno es de una observación personal, y el otro es de un artículo que leí recientemente.

El domingo pasado fui a visitar a mi madre a Wellington Place en Decorah, el centro de cuidado en donde ahora ella vive. Como en visitas anteriores, fui testigo de cómo se ve un servicio humilde en imitación de Jesús. Las enfermeras y los demás asistentes de atención médica junto con los trabajadores de la oficina administrativa conocen y llaman respetuosamente

a cada residente por su nombre. Los asistentes de atención médica ayudan pacientemente a aquellos, como mi madre que ahora tiene algunos problemas de movilidad, para transfirlos de una silla a una silla de ruedas o un andador, los ayudan con el baño y la atención básica de higiene y los alimentan con la cuchara a algunos residentes que necesitan dicha asistencia en el comedor, y se dan a sí mismos en otras formas a quienes que están bajo su cuidado para que puedan vivir de la manera más cómoda y con la mayor dignidad posible; ya sea ofreciendo una palabra o un toque reconfortante, felicitando lo bien que se ven o del buen trabajo que han realizado en su terapia. Lo hacen día tras día. Ellos son solo un ejemplo de otras personas en muchas áreas de la vida que hacen lo mismo. Estos son los santos entre nosotros. Esto es la grandeza de que Jesús nos habla.

El segundo ejemplo es una parroquia católica en la sección más pobre de la ciudad de San Francisco, California. Esta iglesia parroquial abre sus puertas de lunes a viernes a las 6:00 a.m. para dar la bienvenida a unos 150 de sus vecinos vagabundos que han pasado la noche en las calles y les brinda un lugar seguro para descansar unas horas. Ellos lo llaman "sueño sagrado". Estas mujeres y hombres— algunos con problemas de salud mental, otros adictos a las drogas, todos ellos los rechazados de alguna manera por la familia, los amigos y nuestra sociedad—y que duermen en las bancas en los dos tercios de la parte posterior de la Iglesia. A las 12:15 p.m. diariamente los feligreses se reúnen para la Misa en la parte delantera de la iglesia, y sus vecinos vagabundos duermen detrás de ellos. Después de la Misa, algunos feligreses se quedan para compartir una comida y una conversación con sus vecinos vagabundos, ofreciéndoles apoyo material y espiritual. Nuevamente, esto es lo que la humildad se parece. Esta es la Iglesia como la describe el Papa Francisco: un "hospital de campaña". Este es el Reino de Dios entre nosotros. ¿Es mi auto entendimiento de que soy alguien a quien se le sirve, o alguien a quien sirvo?

En la Iglesia de la Natividad en Belén hay una puerta tan baja que uno debe agacharse para entrar. Esta puerta fue diseñada para evitar que los asaltantes medievales montados en sus caballos entraran en la iglesia para exhibir orgullosamente el poder político y militar, y que causarían un caos en el espacio sagrado interior. La puerta se conoce como "La Puerta de la Humildad". Jesús y el libro del Eclesiástico (Siracíde) nos retan hoy a entrar en el Reino de Dios a través de ella.

Padre Jim Secora